

Dominación masculina y prejuicio sexual en “El asedio” de Sergio Ramírez

ANTONIO VELÁSQUEZ, FAIRLEIGH DICKINSON UNIVERSITY, METRO CAMPUS

En amplios espacios geográficos de América Latina predomina la noción de que la homosexualidad masculina es equivalente a feminidad como ya lo observara el poeta y académico canadiense Edward A. Lacey en su clásico ensayo de 1979 “Latin America: Myths and Realities.”¹ La idea de que la masculinidad heterosexual es paradigma de comportamientos fijos y que únicamente los que se adhieren estrictamente a ella merecen mayores beneficios en las esferas sociales, políticas y culturales de una sociedad es problemático. Es problemático en varios sentidos porque excluye, oprime, humilla, violenta derechos básicos, invisibiliza, destierra y muchas veces destruye con la muerte. En general, la cultura patriarcal exige comportamientos socialmente contruidos y sanciona severamente a los que subvierten esos parámetros establecidos. Por eso, no es de extrañar que las manifestaciones de “violencia simbólica” (Bourdieu 2000), física, psicológica, y material sean ejes transversales de mucha de la literatura centroamericana en que se retrata a personajes de diversidad sexual. En muchos casos aparecen personajes hostiles que excusan su comportamiento amparándose en normas judiciales, culturales y religiosas, o en posturas meramente políticas. El propósito central de este artículo es mostrar cómo “El asedio” del escritor nicaragüense, Sergio Ramírez, proyecta la imagen de un ambiente de intolerancia en el que se exige una masculinidad heteronormativa a través de la violencia derivada del “prejuicio sexual” (Herek 2004) en contra de individuos que no encajan dentro del marco de comportamiento exigido por la sociedad.

Sergio Ramírez escribió “El asedio” en 1967, dos años antes de los amotinamientos de Stonewall en Nueva York que dieran un empuje robusto al activismo y a la lucha por los derechos gay en los Estados Unidos. Aún no habían alzado auge los preceptos de la teoría *queer* que, aunque desarrollada en los años 90s con las investigaciones de Judith Butler, Eve Kosofsky Sedgwick y Adrienne Rich, tienen sus raíces en los trabajos de teóricos como Jacques Derrida y Michel Foucault, entre

¹ Dice Lacey que “The macho is the product of his code [...] Only two roles are envisaged by the code, male and female [...] There is obviously no role for the homosexual in this code” (487). “Homosexual [are by definition] female acts” (488).

Polifonía

otros. La fecha de publicación del cuento es significativa porque por un lado trae a colación la opresión multidimensional de la cual el sujeto homosexual ha sido víctima no sólo en sociedades del “Primer mundo” sino también en países subdesarrollados como Nicaragua que, además, aún estaba bajo el yugo opresor de la dictadura de Anastasio Somoza Debayle (1925-1980). Por otra parte, la experiencia global de represión y hostigamiento social que venían sufriendo las comunidades *gays* involucradas en los eventos de Stonewall como la situación paralela que se retrata en el cuento fueron el talón de Aquiles que hizo arrancar la lucha activista por un mundo anheladamente mejor y equitativo. Los proponentes de una teoría *queer* alimentaron sus posturas filosóficas a raíz de esos eventos y generalmente buscaban alumbrar el camino y discernir nuevas maneras de pensar con la esperanza de influir y redireccionar el pensamiento de las mayorías que ya sea por arraigos de índole cultural o religiosa se mantiene anclado a una visión reductora de la realidad. Desafortunadamente, tales ideas revolucionarias llegan muy lentamente a los destinos que más las necesitan como se ve en el caso de Nicaragua que aún después del triunfo de su Revolución Sandinista, en 1979, que prometía una sociedad más justa para todos los nicaragüenses, la situación de personas LGBTQ no formó parte de la agenda política. Es más, en vez de reconocer la lucha de las minorías sexuales, el nuevo gobierno Sandinista empezó con la “cacería humana” porque su llamada “visión inclusiva” (Siemers 4) no se extendía más allá de su concepción heteronormativa de la sociedad nicaragüense ni del concepto tradicional de la unidad familiar heterosexual. Cualquier reunión de planeación para proyectos útiles a las comunidades *gays* y lesbianas era considerada como “contrarrevolucionaria por el FSLN” (Cymene Howe 17). Paradójicamente también, aún en los años 90s, ya bajo un gobierno distinto y supuestamente más democrático, ser homosexual se convirtió en crimen penalizado por una ley firmada por la entonces presidenta de la República Violeta de Chamorro. De modo que la actitud de la sociedad acorazada por la inclemencia jurídica nicaragüense que el autor viene esbozando desde los años 60s hasta años más recientes, es tema de preocupación para variados sectores de la población que no se ajustan a las expectativas ni a los estándares heteropatriarcales del momento.

No cabe duda de que “El asedio” es uno de los textos precursores de la ficción centroamericana que denuncia las dificultades que deben vencer sujetos de una orientación sexual distinta a la comúnmente aceptada por la sociedad. Lo que ocurre en sus pocas páginas, es claramente un ejemplo de prejuicio sexual que Gregory Herek ve como un “social evil” (17). Es un mal cultural no solamente en Nicaragua sino también en los otros países de la región. En el cuento se dramatiza lo que en

Polifonía

inglés se denomina *queer-bashing*, o sea, ataques físicos o verbales y de odio contra los personajes con el agravante extra, en este caso, de la brutal violación sexual. Su trama es sencilla con algunos trastoques de tiempo e intercalación de eventos mediante *flashbacks*. Gira alrededor de una pareja de hombres homosexuales que habita en una antigua finca aledaña a las líneas del ferrocarril en las afueras de un pueblo nicaragüense. Ambos, Septimio y Avelino, viven un calvario tormentoso generado por unos individuos que encuentran placer asediándolos y ultrajándolos continuamente por el hecho de vivir juntos en la casa que Septimio heredara de su madre. Una noche Avelino tiene que salir al pueblo a comprar comida y Septimio se queda solo en la casa cuando de repente se aparece un grupo de maleantes a destruirles el jardín orinándose en él, lanzándole piedras y rompiéndole las ventanas a la casa. En fin, una escena cruda de terror que atrapa al lector. Cuando finalmente el asedio se aplaca ya era de madrugada y de nuevo Septimio oye que alguien lo llama desde afuera tocando a la puerta. Era Avelino que llegaba con la frente sangrando y a duras penas balanceándose de pie. Aunque el final no lo explicita claramente, se colige por lo que Avelino balbucea que hubo una violación sexual: “Me llevaron al monte, me arrastraron” (149). Al preguntarle Septimio que cómo eran los agresores, Avelino le responde: “Sucios y crueles” (149).

El tema de la diversidad sexual es una cuestión que el autor ha tratado tangencialmente en varias de sus obras postreras como *Un baile de máscaras* (1995), donde se presenta al personaje homosexual italiano, Eneas Razzetto, quien es rechazado por los pueblerinos a causa de su preferencia sexual. En *Margarita, está linda la mar* (1998), el tema se aborda alrededor de la travesti que llaman la Canaima y el homosexual Rafa Parrales. En *Sombras nada más* (2002), con la homosexualidad o bisexualidad de Castellón el autor vuelve al tema. En el cuento “Tribulaciones de la señora Kuek” (2006) Ramírez confirma a través de la ficción lo que el biólogo y lingüista canadiense, Bruce Bagemihl documenta científica y empíricamente sobre la homosexualidad en el reino animal en su monumental obra *Biological Exuberance: Animal Homosexuality and Natural Diversity*. Para Bagemihl la homosexualidad es algo natural y común aun en las diversas especies salvajes². La trama del cuento es relevante porque trae a colación una de las premisas básicas con las que trabaja el científico canadiense, o sea, demostrar que en la ciencia como en la sociedad se presume una heterosexualidad entre las diversas especies, descalificando o suprimiendo así otras sexualidades. En el cuento de Ramírez se relatan las frustraciones de una directora de zoológico, la señora Kuek que no lograba conseguir que los pingüinos machos se aparearan con los pingüinos

² Dice el autor: “the lives of ‘queer’ animals are far more diverse than we could ever have imagined” (42).

Polifonía

hembras como ella quería. Una y otra vez, los pingüinos le reafirmaban su preferencia por pingüinos del mismo sexo. Adicionalmente, en *El cielo llora por mí* (2008), Juan Bosco Cabistán (alias Giggo), el personaje homosexual se presenta como afeminado y corrupto. Por último, no se puede dejar de mencionar que Ramírez también ha tratado el lesbianismo como tema principal en su novela *Fugitiva* (2007). Como se puede apreciar, esta temática ha intrigado al autor a lo largo de su trayectoria profesional y ha abierto caminos para que otros autores se hayan atrevido a visibilizar experiencias humanas casi siempre esquivadas por miedo al rechazo social que supone ir en contracorriente.

Sin embargo, a pesar de todo lo anterior, es en “El asedio”, escrito a sus veinticinco años, que el autor cala de golpe en la problemática sociocultural de intolerancia que engolfa a las sociedades centroamericanas aún hasta hoy en día. En una entrevista, Ramírez comenta que el cuento parte de “una experiencia de mi infancia, porque había en mi pueblo natal una pareja similar, a la que perseguíamos con insultos y hacíamos huir a pedradas. La crueldad infantil no es más que una herencia cultural” (Pulido Ritter 1). La herencia cultural a la que alude Ramírez se enmarca en la visión tradicionalista de que sólo existen lo masculino y lo femenino, es decir, el que tiene el poder y el que es subordinado: el fuerte y el débil, el heterosexual y el homosexual. Aunado a la herencia cultural está el sistema de valores y constructos con que se inculca en la infancia. El creador del término “homofobia”, George Weinberg, (1972) por ejemplo, afirma que “fear of homosexuality is inculcated in early life.” (6). Tanto en Nicaragua como en otros espacios geográficos al niño se le enseñan patrones rígidos de comportamiento a seguir desde la temprana edad y de ahí esa crueldad infantil de la que habla Ramírez y que se aplica no sólo a su versión ficticia sino también a esa realidad palpante que capta en el cuento. La intolerancia es tanta que al varón se le inculca la masculinidad como algo absoluto en su socialización y convivencia con otros. Por lo tanto, es la sociedad misma la que crea segmentos hostiles y de prejuicio en detrimento de minorías con iguales derechos. La dominación masculina (Bourdieu) ejercida por los delincuentes en la trama del cuento se ostenta a través de sus actos violentos para demostrar quién tiene el poder, a la vez que es un reflejo de la conducta cultivada y aplaudida por la sociedad misma. Después de todo, como enfatiza Herek, “Heterosexual masculinity is prized over both the homosexual and the feminine” (17), y claramente ni Septimio ni Avelino caben en ese molde restrictivo.

José Manuel Salas Calvo postula que “la masculinidad en la vida de los hombres es un ritual permanente, pues deben mostrarla en forma constante” (37). Los asaltantes de la casa de Septimio y Avelino hacen un espectáculo de su masculinidad

Polifonía

porque están conscientes de que tienen el aval de la sociedad y el entorno cultural de los que son producto. El sociólogo francés, Pierre Bourdieu, en su celebre libro *Dominación masculina* exponía que “la virilidad es un concepto relacional, construido ante y para los restantes hombres y contra la feminidad, en una especie de *miedo* de lo femenino y en primer lugar [de lo femenino] en sí mismo” (71). Sin embargo, más que miedo o lo que George Weinberg acuñara como “homofobia”, (Drescher 90) en la década de los 70s, es decir el miedo irracional a los homosexuales es un prejuicio sexual profundamente arraigado en las características que lo definen. Para Gregory Herek el prejuicio sexual en la sociedad comprende una actitud juzgadora que se dirige específicamente a un grupo social y a sus miembros, y es negativa involucrando la hostilidad y el repudio (17). Ese comportamiento no sólo involucra violencia verbal, sino también física, como en el caso de los personajes dentro del cuento de Ramírez.

Ni Septimio ni Avelino encajan dentro de la noción social de masculinidad hegemónica: no se meten con nadie, no andan humillando ni golpeando a mujeres, que según el discurso de otros intelectuales centroamericanos es el emblema oficial del macho híper-masculino³. En “El asedio” ni uno ni otro personaje es agresivo ni se presentan compitiendo por poder de ningún tipo. Sin embargo, obviando lo que está a la vista, ambos personajes son del sexo masculino, igual que los maleantes. La piedra angular del problema es que la pareja es juzgada por sus presuntas proclividades sexuales que ni siquiera son aludidas con detalles para verter opiniones y menos para descargar su odio. Para los victimarios el hecho de ver a los dos “viejos” cohabitar como pareja bajo el mismo techo es suficiente razón para considerarlos inferiores y por lo tanto aptos para ser vilipendiados. Los criminales actúan irracionalmente reforzando su concepto de masculinidad que es equivalente a ser macho insensible dentro de la estructura patriarcal. Para defender sus estándares imponen la violencia verbal, psicológica, material, y física como se evidencia en las ocho páginas del cuento: “Volvieron a caer las piedras sobre el techo y ahora sí parecía una lluvia interminable y su pensamiento no se apartaba de Avelino a esas horas, se estarán vengando en vos, solo en la oscurana, Avelino cautivo. Y las piedras cayendo como en el día del juicio final” (144-145). Los ataques eran a diario y no había súplica ni manera de detenerlos porque ni la autoridad del pueblo que debía mantener el orden y proteger su integridad física y propiedad

³ Según el crítico Rafael Lara Martínez, uno de los escritores salvadoreños más reconocidos, Hugo Lindo, decía que: “los hombres que no asaltan brutalmente a una mujer son afeminados”. También le atribuye a Arturo Ambrogi, la frase: “Dar verga y golpear bárbaramente a las mujeres y a los indígenas” (“Entrevista” 2013).

Polifonía

privada, mostraba compasión; es más, los representantes del poder exhiben sus prejuicios sexuales en contra de las víctimas:

–No me gusta este asunto, pero es mi deber –dijo el comandante–. Han venido quejas de que ustedes andan en cuadros inmorales.

–¿Quién dice eso? –preguntó Septimio ofendido–.

–Bueno, quién no importa, pero allí dicen que ustedes viven juntos, que no salen de la quinta, cosas que no son de hombres. Yo sólo les advierto.

Indecencia no permito yo en este pueblo, así que vayan con tiento (146-147).

El prejuicio sexual de los que tienen el poder es evidente en el intercambio anterior. En un ambiente equitativo y justo la autoridad del pueblo habría investigado el acoso del que eran víctimas Septimio y Avelino. Sin embargo, aún se vive en el seno de una dictadura violenta y si el trato de los homosexuales era mínimamente cercano a lo que el mismo Ramírez delinea, sarcásticamente, en su libro de cuentos, alegatos y burlas en contra de Somoza, *De tropeles y tropelías* (1972), entonces no sería difícil imaginar el porqué de la falta de apoyo judicial y el infierno que se le obliga a vivir a esta minoría en particular. En ese texto Ramírez escribe que “Los que por pesquisa de la autoridad o denuncia de particulares, fueren probados de ayuntamiento carnal perteneciendo ambos al sexo masculino, serán conducidos al cabildo y en acto público, desnudados... y así paseados en alegre algarabía por las calles y plazas... no importando quien fuere entrambos el hechor activo o pasivo” (69). Septimio intenta opacar su sexualidad apelando a que son calumnias las acusaciones, pero la respuesta del oficial es contundente y no importa si son o no. La advertencia amenazante es directa, o vive la “heterosexualidad obligatoria” (Rich 57) que la sociedad le exige o se atiene a las consecuencias. Los rumores y denuncias que han llegado al comandante son, en apariencia, argumentos suficientes para su reacción y es de suponer que no dudaría en imponerles los castigos penosos y humillantes avalados por la justicia del momento. Dice Gregory Herek que el sistema en el que predomina el heterosexismo, es decir, la ideología cultural que promueve la antipatía gay, “prescribes that sexual stigma be enacted in a variety of ways, most notably through enforced invisibility of sexual minorities and, when they become visible, through overt hostility” (15) Al desvalorizar a Septimio y acosarlo con matices amenazantes, el comandante sólo confirma la perversa ideología cultural internalizada, ya que “Heterosexism is inherent in cultural institutions, such as language and the law, through which it expresses and perpetuates a set of hierarchical relations. In that hierarchy of power and status, everything homosexual

Polifonía

is devalued and considered inferior” (Herek 16). Es obvio que aquí quien tiene las riendas del poder es el comandante y eso pone en desventaja al personaje porque debe silenciarse o atenerse a las posibles consecuencias.

Es de conocimiento común la perspectiva derridiana de que la masculinidad se construye sólo y únicamente en contraposición a la feminidad, del mismo modo que para hablar de homosexualidad tiene que existir su referente opuesto, la heterosexualidad. En este sistema de polos binarios socialmente construidos el “macho” ejerce su poder sobre ese “Otro” que, para ser dominado, como en el cuento, debe ser feminizado y reducido a un nivel inferior al suyo. Al principio los matones tratan a Septimio como a una mujer para mofarse de él e infundirle terror mientras está solo en la casa: “-Avelino, sos vos, ¿ah? -Sí, corazón -le respondieron y las risas estallaron” (144). El ser femenino, según la mentalidad machista de estos muchachos, es ser débil y sujeto a la dominación voluntaria o forzada. Sin lugar a duda, la violación sexual de que Avelino es víctima es el acto de violencia más aberrante y degradante a un ser humano; y en este caso específico de un hombre a otro hombre porque, como señala Pierre Bourdieu, desde la “perspectiva, que vincula la sexualidad y poder, la peor humillación para un hombre consiste en verse convertido en mujer” (36). Y más aún en el caso de Avelino que es forzado a jugar ese papel. No hay indicios en el texto sobre el carácter y gestos femeninos en Avelino para sugerir que es pasivo ni que prefiere ser penetrado. Sin embargo, es evidente que los agresores lo han penetrado feminizándolo para humillarlo y castigarlo por transgredir la heterosexualidad normativa. Con ello también se demuestra que “la posesión homosexual se concibe como una manifestación de poder, un acto de dominación (ejercido como tal, en determinados casos, para afirmar la superioridad ‘feminizándola’)” (Bourdieu 35). Por otro lado, es la estrategia con la que los delincuentes buscan legitimarse a sí mismos como los “hombres-hombres” de los que habla el antropólogo Roger Lancaster en su libro sobre el machismo y poder en Nicaragua. Según Lancaster, el hombre-hombre no es estigmatizado ni paga consecuencias por sus actos, más bien gana estatus entre los suyos cuanto más homosexuales penetra y degrada (239). Lacey también había plasmado esta misma idea en el ensayo antes citado, pues escribió que “so long as the macho is the breaker, the penetrator, the sexual enjoyer, it does not particularly matter what or whom he penetrates” (488).

La violación en la que participan los maleantes al abusar sexualmente del viejo no tiene nada que ver con el placer del acto sexual sino con la demostración de poder. En esa jerarquía de poderes, el dominado es denigrado por mera sospecha de orientación sexual diferente. Si en el Viejo Mundo, como postulaba Richard Trexler,

Polifonía

“homosexual rape was used as a military insult” (65), en pleno siglo XX el acto servía similares propósitos de humillación y más que para insultar, para subordinar, dominar y castigar suprimiendo a ese “Otro” que es considerado dentro del marco de la teoría del prejuicio sexual planteada por Herek como “sick, immoral, criminal, or at best, less than optimal in comparison to that which is heterosexual” (15). La constante amenaza de castigo con la que los personajes en el cuento tienen que lidiar es, como escribiera Michel Foucault, el instrumento utilizado por el poder; en otras palabras, “[r]enuncia a ti mismo so pena de ser suprimido, no aparezcas si no quieres desaparecer.” (102). En ese mundo heterosexista en cuyo seno se construyen actitudes de prejuicio sexual reforzadas por factores sociales y experiencias interpersonales que los individuos internalizan desde pequeños, Septimio y Avelino deben ocultarse o desaparecer en el intento de visibilizarse.

Vale puntualizar que la violación sexual masculina como arma de poder para desmoralizar o suprimir, no es cosa nueva en la literatura latinoamericana. Por ejemplo, ya en el siglo XIX, en “El matadero” del argentino Esteban Echeverría, la violación sugerida hacia el Unitario por parte de los matones Federalistas es un castigo por diferir de posición política: “En un momento liaron sus piernas en ángulo a los cuatro pies de la mesa, volcando su cuerpo boca abajo” (154). De igual manera, ya en el último cuarto del siglo XX en la novela del salvadoreño Manlio Argueta *Un día en la vida*, sodomizar al cura con una estaca es la forma en que los militares detentan su poder, ya que como la crítica Ileana Rodríguez postula para ellos “social sensibility is effeminate” (138). Poseer cualidades femeninas no es un atributo socialmente aceptado en un hombre y se castiga violentamente en sociedades predominantemente machistas. Dice el narrador de Argueta: “Le habían metido un palo en el ano y todavía lo tenía allí” (26). Claro está, son situaciones distintas, es decir, en ambos casos las víctimas son degradadas no por ser homosexuales sino por mantener posiciones políticas opuestas. No obstante, tanto en esos casos como en el caso de Avelino en “El asedio”, el común denominador es la violación como método de castigo, control y dominación masculina.

Sergio Ramírez ha dicho que la “libertad del ser humano significa elegir y ser respetado por la escogencia de sus opciones. Todo lo contrario, significa humillación” (Pulido Ritter 1). Los sujetos que atacan a Septimio y a Avelino los humillan como pareja porque en ese ambiente de mente cerrada y machista se puede tolerar cualquier cosa menos que un hombre sienta afecto por otro hombre. Ni para Septimio ni para Avelino hay una salida del laberinto borgeano en que se encuentran condenados a vivir; las mismas instituciones legales que deben protegerlos les quitan sus derechos naturales y básicos. Su inclusión en cualquier

Polifonía

foro de la agenda nacional es soterrada porque los legisladores no ven con importancia su constante lucha y sufrimiento y en vez de extenderles ayuda se empecinan en mancillarles la vida y su dignidad.

“El asedio” está impregnado de simbolismos que demuestran claramente las intenciones autoriales de referencialidad. La atmósfera de terror que se presenta en el cuento ocurre dentro de la propia casa de los personajes lo cual podría representar el país entero: un entorno agreste y desesperanzador para minorías de orientación sexual que sufren de opresión institucionalizada y envalentonada por ideologías a nivel de sociedad. Septimio no puede ni pararse para ir a abrir la puerta porque le caen encima las pedradas de los vagos del mismo modo que no puede expresar su preferencia sexual públicamente porque le caen los ataques e insultos de aquéllos que pertenecen a ese grupo de supuestos chaperones de la moral. Así como la pareja debe dormir por las noches debajo de los colchones para protegerse de los ataques, también deben esconderse y camuflar su identidad en una sociedad que no los dejar ser. De igual modo, el tropezarse todo el tiempo en la oscuridad de la casa, en la apertura del cuento, es simbólico del sinfín de barreras que deben salvar como seres no adeptos a la heteronormatividad que el sistema patriarcal les impone. También, es importante mencionar la constante aparición de ángeles en la casa de la pareja para poner de manifiesto el fervor religioso de ambos y a la misma vez simbolizar un enlace fallido entre lo celestial y lo terrenal. Avelino había heredado la estatua de un ángel “del tamaño de un hombre” (145) y Septimio tenía la casa llena de figurillas y calcomanías de ángeles que su madre le había dejado. Si bien es cierto que en la tradición católica los ángeles pueden significar amor, pureza, compasión y protección, en el cuento la relevancia de éstos queda un poco ambigua porque no le brindan protección a la pareja y quedan a la merced de una pandilla que la sociedad ha moldeado con su intolerancia al Otro que es diferente. Dice el narrador: “Cuando aún no eran víctimas del asedio, encendían al acostarse el farol del ángel y sin otra luz se metían a la cama con la ilusión de que, cerradas las puertas de la iglesia, el sacristán los había dejado dentro” (145). Es obvio que ambos buscan la aprobación de su unión en un plano celestial dejando que la imaginación los lleve a un estado en el que se sienten protegidos, y quizás lo logran temporalmente pero cuando los asaltantes llegan, los ángeles no valen de nada y, aunque Septimio en algún momento pueda conciliar el sueño “vigilado por todos los ángeles que había en la casa” (147), al final el tormento vuelve a retomar su curso.

No está demás notar que la iglesia como institución celadora de la moral veía (y aún lo hace) con recelos la unión entre personas del mismo sexo y por ende no es de extrañar que el autor haya hecho hincapié sobre esta cuestión tan controversial al

Polifonía

menos en países latinoamericanos altamente católicos. Ni la iglesia ni el estado están interesados en dar protección a individuos como Septimio y Avelino que se salen de los parámetros tradicionales de vivir la sexualidad humana. Tanto Septimio como Avelino están solos en el mundo y la única esperanza de ser admitidos a ese espacio abstracto de lo celestial se ve truncado por la inhabilidad de los ángeles de brindarles protección en contra de los agravios cometidos hacia ellos. Cabe mencionar que ninguno de los atacantes tiene nombre porque en un nivel más amplio de la realidad, ellos son una muestra simbólica de la sociedad nicaragüense pero también de otros ámbitos globales; de ahí la universalidad del cuento. Sin duda, el espacio geográfico de ese pueblo nicaragüense bien puede ser cualquier otro pueblo centroamericano o latinoamericano.

Hay que recalcar que si bien el autor intenta ofrecer un cuadro visual de lo que ocurre a las minorías que osan subvertir el polo heterosexual privilegiado por la cultura patriarcal, también es cierto que los personajes son representados grotescamente. El narrador presenta los eventos y pormenores objetivamente, pero es menos objetivo al describir a Septimio y a Avelino ya que deja una imagen poco favorecedora de ellos como hombres con derechos a ser como son sin tener que lidiar también con la ridiculización. En otras palabras, Septimio y Avelino no son dos personajes que pudieran servir como modelos de referencia a emular para miembros de su propia condición y en similares circunstancias. Ambos personajes emanan pusilanimidad y se les recuerda directa e indirectamente que ya son “viejos” (147), como si eso fuera impedimento para vivir la sexualidad de modo alterno. Septimio se viste ridículamente en “quimono de chifón” (143) y Avelino es un débil asmático (147) barrigón, canoso con dientes de oro (148-149) incapaz de hacerles frente a los verdugos. Los dos viven de la venta de “las flores y las frutas” (146), actividad estereotípica y generalmente relegada a vendedoras de mercado. La última oración del relato solamente sirve para remachar otra vez la vejez de ambos: “y en la cama Septimio era casi calvo; sobre la cabeza de Avelino parecía que habían vertido ceniza” (149). Como se puede colegir de esto, la imagen conceptual que se dibuja de ellos es casi caricaturesca y sardónica. No obstante, quizás el autor esté diciéndonos que además de ser víctimas de un sistema que no perdona la diferencia sexual, éstos, si son viejos, también tienen que fraguar la lucha en contra de ese otro tipo de discriminación social.

Para concluir, es necesario hacer hincapié que el valor del cuento de Ramírez está en que nos presenta una situación bastante delicada en una época extremadamente caótica de la sociedad nicaragüense y por extensión centroamericana. Por toda esta región el signo de la intolerancia hacia otras maneras de vivir la sexualidad humana

Polifonía

o el hecho de ser diferente son motivos para ser atacados y perseguidos. La sexualidad en sus múltiples dimensiones es una temática que por mucho tiempo había brillado por su ausencia en la literatura centroamericana pero hoy en día, y sobre todo en las últimas dos décadas ha habido una eclosión de novelas y cuentos, también poesía, en que el personaje homosexual, bisexual, lesbiano, transexual, etc., paulatinamente va ganando espacio en el repertorio literario de la región. Como obra pionera en esta temática, “El asedio” es para el estudio de las letras centroamericanas una muestra de que la intolerancia con los que son diferentes es una problemática social y cultural que merece ser abordada para construir diálogos que puedan iluminar las mentes cerradas de grupos intolerantes en la sociedad. La absurda idea de estigmatizar, perseguir y castigar a grupos minoritarios por hacer “cosas que no son de hombres,” como les increpa el comandante, quien encarna el prejuicio sexual institucionalizado, es algo que llama la atención dentro de la trama. En pocas palabras, “El asedio” sentó las bases para que los escritores de hoy día pudieran seguir visibilizando y denunciando a través de su arte la violencia e intolerancia que, aún en pleno siglo XXI amedrentan a las minorías sexuales de la región.

Obras Citadas

- Argueta, Manlio. *Un día en la vida*. UCA Editores, 1998.
- Bagemihl, Bruce. *Biological Exuberance: Animal Homosexuality and Natural Diversity*. St. Martin's Press, 1999.
- Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Traducido por Joaquín Jordá. Editorial Anagrama, 2000.
- Cymene Howe, Alyssa. *Nicaraguan Gay and Lesbian Rights and the Sex of Post-Sandinismo*. Latin American Institute, University of New Mexico, 1999.
- Echeverría, Esteban. “El matadero”. *El cuento*. Ed. John Crow. Holt, Rinehart, and Winston, 1984, pp. 142-156.
- Drescher, Jack. “An Interview with George Weinberg.” *Journal of Gay & Lesbian Mental Health*, vol. 20, no. 1, 2016, pp. 87-93. DOI: 10.1080/19359705.2015.1082417

Polifonía

- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*. Traducido por Ulises Guñazú. Siglo XXI Editores, 2007.
- Herek, Gregory M. "Beyond 'Homophobia': Thinking About Sexual Prejudice and Stigma in the Twenty-First Century." *Journal of National Sexuality Resource Center*, vol 1, no. 2, April 2004, pp. 6-24.
<https://psycnet.apa.org/record/2005-04752-003>.
- Lacey, Edward A. "Latin America: Myths and Realities." *Gay Roots: Twenty Years of Gay Sunshine: An Anthology of Gay History, Sex, Politics, and Culture*. Ed. Winston Leyland. Gay Sunshine Press, 1991, pp. 481-502.
- Lancaster, Roger N. *Life is Hard: Machismo, Danger, and the Intimacy of Power in Nicaragua*. University of California Press, 1994.
- Lara Martínez, Rafael. "Entrevista con Carlos Chávez." *La Prensa Gráfica*, sección "Revistas / 7 Sentidos," 15 de septiembre, 2013, p.1+.
<http://www.laprensagrafica.com/2013/09/15/el-salvador-no-ha-destinado-suficientes-recursos-para-entenderse>
- Pulido Ritter, Luis. "Una pasión mortal: Entrevista a Sergio Ramírez Mercado." *Aurora Boreal*, 15 de julio, 2012, p.1+.
<https://www.auroraboreal.net/actualidad/entrevistas/1272-una-pasion-mortal>.
- Ramírez, Sergio. "El asedio." *Cuentos completos*. Alfaguara, 1996, pp.143-149.
- . *De tropes y tropelías*. Editorial Universitaria, 1972.
- Rodríguez, Ileana. *Women, Guerillas and Love: Understanding War in Central America*. University of Minnesota Press, 1996.
- Rich, Adrienne. "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence." *Blood, Bread, and Poetry: Selected Prose 1979-1985*. W. W. Norton & Company, 1986, pp. 23-75.
- Salas Calvo, José Manuel et al., "Aspectos teórico-conceptuales de la masculinidad: retos en el siglo XXI". *Masculinidades en Centro América*. Eds. Álvaro Campos Guadamuz y José Manuel Salas Calvo. Instituto WEM, 2002, pp. 17-51.

Polifonía

Siemers, Rebecca. "Coming Out in Nicaragua: The Struggle to Be Gay." *Latin American Studies*, Hamline University, 2005.

Trexler, Richard C. *Sex and Conquest: Gendered Violence, Political Order, and the European Conquest of the Americas*. Cornell University Press, 1995.

Weinberg, George H. *Society and the Healthy Homosexual*. Macmillan, 1972.